

Mons. VICENTE F. ZAZPE

**Paz,
cambio,
violencia**

EDICIONES PAULINAS

Impreso en la Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

EDICIONES PAULINAS

Nazca 4249 - BUENOS AIRES - ARGENTINA

A MODO DE ACLARACION

Una de las funciones del Obispo es evangelizar.

Fue siempre su primera tarea y nunca fue fácil.

En nuestros días han aumentado su urgencia y su dificultad.

Dios ha visitado la tierra; ha entrado en la historia y llama a compartir su vida y su destino.

Fue una buena noticia y debe seguir siendo una nueva tan impactante, que en la actualidad provoque una respuesta afirmativa.

Cristo la proclamó en el templo y en las sinagogas; en los caminos y en las casas; en fiestas y en entierros, a ladrones, niños, prostitutas, soldados, levitas, gobernantes, judíos y romanos.

El Obispo debe proclamarla hoy en su catedral; pero para llegar a los hombres

que viven en otras áreas territoriales y mentales, debe multiplicar y trasladar su sede de proclamación a la radio, la televisión, el cine, el periódico y la cinta magnetofónica.

Debe cambiar su lenguaje, su estilo y su enfoque.

Sólo debe conservar cuidadosamente su contenido.

Las páginas que Ud. tiene en sus manos intentan concretar este objetivo: evangelizar en 1971.

Son unas breves charlas radiales, que cada Domingo he tenido por L. T. 10 Radio Universidad del Litoral.

Se han impreso sin retoque alguno. Así fueron transmitidas.

Están pensadas para ser dichas y no para ser leídas.

Las reiteraciones pretenden ubicar al oyente circunstancial en el tema interrumpido y retomado.

Durante el año han sido tratados los siguientes temas: ¿Tiene el Evangelio vigencia hoy? ¿Puede proclamarse a los hombres de nuestro mundo en cambio? ¿Quién constituye la Buena Nueva?, ¿la persona de Cristo?, ¿su mensaje? ¿las dos cosas?

¿Se dan acentos y preferencias en Cristo? ¿Son los niños? ¿los pobres? ¿los pecadores?

¿En qué consiste la novedad del mensaje? ¿en la justicia? ¿en el amor? ¿qué amor?

¿Puede iluminar el Evangelio los candentes problemas de la violencia, el terrorismo?, ¿la revolución?, ¿el erotismo?, ¿la protesta juvenil?, ¿las relaciones prematrimoniales?, ¿la sociedad de consumo? ¿el marxismo?

Las reflexiones son simples y directas, teniendo en cuenta que la Buena Nueva no es un curso de teología, sino un llamado sencillo y apremiante a compartir la vida de Aquél que nos amó primero y nos amó hasta el fin.

Mons. VICENTE F. ZAZPE
Arzobispo de Santa Fe

**El Evangelio
es simple**

Amigos: En nuestros días, algunos temas o problemas humanos acaparan la atención de la gente, interesan a los medios de comunicación social, entusiasman a muchos, desconciertan a no pocos.

Son los problemas que afectan al hombre, enmarcado en las estructuras o en sus relaciones con los demás: el ciudadano y la comunidad; los jóvenes y los adultos; padres e hijos; el hombre en familia; el obrero y la empresa; los jubilados y las cajas; el hombre y su vivienda; el hombre y las leyes.

Se habla de una política salarial, de una política económica, de derechos, de cambios sociales, de violencia.

Son problemas de primerísima actualidad y aparentemente ajenos al mensaje evangélico.

El mismo Cristo, en muchas ocasiones, parece marginar y hasta rechazar la preocupación por estos problemas. Pone un acento muy fuerte sobre la conversión interior de cada hombre; enseña perma-

nentemente la preocupación por el destino trascendente de la vida humana; multiplica las parábolas y enseñanzas sobre la fugacidad y el engaño de los bienes temporales.

Una lectura rápida, no reflexiva o parcelada del Evangelio, puede dejar esa impresión. El espíritu fundamental del mensaje que se condensa en el sermón de las bienaventuranzas dice: "Bienaventurados los pobres de espíritu" y no añade: porque ellos serán ricos.

"Bienaventurados los que sufren persecución por razón del bien y de la virtud"; pero no concluye: porque ellos serán reivindicados o liberados de esa persecución.

"Bienaventurados Uds., cuando los insulten y persigan y propaguen contra Uds. toda clase de calumnias por mi causa. Alégrense y regocíjense, porque será grande la recompensa *en los cielos*"; no dice en la tierra. No se angustien pensando qué comerán para mantener la vida, ni con qué se cubrirán el cuerpo. "Miren los pájaros del cielo: no siembran, ni cosechan, ni acumulan en graneros y el Padre que está en el cielo los alimenta".

"¿Por qué se preocupan por el vestido?

No se inquieten entonces diciendo: qué comeremos, qué beberemos o con qué nos vestiremos". Recalca que estas preocupaciones solamente se justifican en los que no tienen fe: "son los paganos los que van detrás de estas cosas". Busquen primero el reino de los cielos y su justicia y todo lo demás se les dará por añadidura".

Sería facilísimo seguir acumulando textos, preceptos, enseñanzas, en esta línea de orientación. Es indudable que Cristo quiere modificar fundamentalmente los criterios del hombre para enfocar la vida, para fijar sus objetivos principales, para descubrir sus valores más importantes y definitivos. Sin embargo, el Evangelio no es un mensaje simplista. Es simple; pero no simplista. Es sencillo; pero no escolar.

Decía el Domingo pasado que los niños lo pueden vivir pero los sabios lo pueden reflexionar.

Esta orientación, acentuadamente trascendente y espiritual de su mensaje, se explica por dos razones: las afirmaciones evangélicas quieren asegurar claramente que esos valores tienen la calidad de supremos, permanentes y radicales. Por otra parte Cristo conoce perfectamente que la

gran tentación del hombre en todos los tiempos, es aspirar a bienes que hoy llamamos de consumo.

Una serie de naciones actuales, vive, piensa y juzga con mentalidad de consumo; otras se orientan rápidamente hacia esa meta y también las comunidades pobres, subdesarrolladas (sean nacionales, continentales o regionales) que reivindican con justicia derechos y exigen la liberación de situaciones injustas, corren el riesgo de aspirar a esos bienes de consumo, como bienes supremos.

¿Qué ha ocurrido con los países del Centro y Norte de Europa? ¿Qué ocurre en países de estructuras socio-políticas tan diferentes, como Estados Unidos y la Unión Soviética?

La tentación de especificar la vida por bienes de consumo no es patrimonio exclusivo de un sistema determinado, sino del hombre; de la humanidad.

El Evangelio quiere purificar y clarificar los criterios fundamentales de la vida; dar un juicio de valor y por tanto iluminar, desde esos criterios y con esos valores, las ideologías y las estructuras.

Las palabras de Jesús, en cuanto referidas a sus contemporáneos, quizá tuvie-

ron como destinatarios a grupos o personas; pero en nuestros días su actualidad es más profunda y universal. El peligro de hoy no está en que algunos juzgan y viven apeteciendo esos bienes como supremos, sino en que casi todas las estructuras socio-políticas sueñan con ellos como los grandes y definitivos bienes de la vida.

**El Evangelio
es Luz y Vida**

Estimados amigos: Decíamos que una mirada superficial a las actitudes de Cristo o una lectura simple del mensaje evangélico, pueden llevar a conclusiones que el mismo Cristo ha rechazado.

El Evangelio habla de vida eterna, de espíritu, de cielo, de infierno, de muerte, de Satán.

Dice claramente que ganar el mundo y perder el alma es propio de imbéciles o de ciegos.

Enseña que el reino de los cielos y su justicia, es fundamental y prioritario y que lo demás es añadidura.

Da un valor misterioso a la cruz y al dolor; pero la reducción del mensaje a una dimensión exclusivamente interior, sin referencias sociales o la limitación de la fe y la esperanza a los horizontes exclusivos del más allá, es tergiversar la Buena Nueva.

Cristo quiere afirmar decididamente el carácter supremo de los valores trascen-

dentes y espirituales; explicita las motivaciones legítimas de la vida, de las espúreas; pero con la misma firmeza enseña que su Evangelio debe ser vivido en la tierra y que debe tener en cuenta los hechos y acondicionamientos de la vida terrenal.

Cristo sabe perfectamente que en todas las épocas de la historia, la gran tentación de los hombres ha sido vivir por y para los bienes temporales.

En sus contemporáneos, esos bienes se llamaban, graneros, denarios, viñas, telonios y hoy se llaman Rambler, marihuana, vaciamiento de empresas, monopolios, cheques viajeros y de los otros; imperia-lismos, casinos, confort, etc.

En su época, muchas vidas quedaban marcadas por la actitud de ahorrar dinero, almacenar granos y aumentar animales y ahora, por el poseer de todo, tener y disfrutar de todo.

Hoy más que nunca, es necesario proclamar la jerarquía y diversidad de los valores y por tanto proclamar los criterios normativos y estimativos para organizar la vida humana.

Nuestro momento histórico, vive acorralado por una amenaza planetaria de

vivir, desear y planificar todo, en función de los bienes de consumo.

Las estructuras socio-políticas a eso llevan: surjan de la Casa Blanca, del Kremlin, del Benelux o del Mercado Común Europeo.

La docencia continua de los medios de comunicación, tiene la misma orientación. La televisión nos repite hasta el cansancio: sea feliz; compre; sea feliz; tenga; sea feliz, fume; sea feliz, tome; sea feliz, viaje.

Lo que oímos, lo que vemos, lo que leemos: todo nos lleva a desear. Tener lo que no podemos consumir. Tener, no por necesidad; no para ser. Tener por tener; poseer por poseer.

Hace unos días los periódicos del convulsionado Brasil nos traían la noticia de que, el Juez de Menores, Dr. Atilio Cavallieri, citó al Director de una Agencia publicitaria, por haber lanzado una campaña de promoción bajo la sigla LSD (liquidez, seguridad y descuentos).

El Juez exigió la cancelación de la campaña por la clara alusión al alucinógeno ácido lisérgico, que tantos estragos causa entre sus consumidores; en la mayoría jóvenes. Y en Buenos Aires la cosa no va

mejor. En la Galería "beat" de la calle Maipú 967, se pudo detectar la venta de emblemas deportivos autoadhesivos, donde con letras muy llamativas se leía LSD y sobre las cuales se destacaba la palabra "adicto".

Es indudable que, tanto los jóvenes como los adultos, comprarán esas calcomanías por "snob"; pero inconscientemente se convertirán en propagandistas de un vicio que está destruyendo las estructuras morales de gran parte de la juventud americana y europea.

El Evangelio no es una ideología; pero puede iluminar el núcleo vital de todas las ideologías. El Evangelio no es, ni exige una determinada opción económica; pero puede clarificar toda opción socio-económica. El Evangelio no puede identificarse con algún régimen, poder, estructura, civilización o filosofía; pero sólo el Evangelio puede indicar los valores y contra-valores de un régimen, los servicios y los abusos del poder. Sólo el Evangelio puede juzgar desde Dios, las estructuras, las civilizaciones y la historia.

El Evangelio prepara y da la vida eterna; pero en y desde la tierra. Puede hablar de política, sin ser política; puede

hablar de vivienda y contratos sin negar su trascendencia. Puede hablar de problemas humanos, de leyes, de crímenes, de marginaciones, sin contaminar su mensaje.

El Evangelio es tan simple que los niños pueden entenderlo y tan profundo que los siglos no agotan su riqueza interior.

**Cristo conoce, vive y se
solidariza**

Estimados amigos: Seguimos reflexionando sobre un tema, que plantea en nuestros días, interrogantes apasionantes.

Las orientaciones evangélicas, ciertamente trascendentes ¿alienan de los problemas de la vida? ¿apartan de ellos? ¿los subestiman? ¿peregrinan hacia el cielo sin solidarizarse con los sufrimientos de la tierra? Esta fue la acusación de Lenín, frente a la cual, muchos cristianos de hoy experimentan como un complejo de inferioridad: de ahí el temor de no hablar de vida eterna; de silenciar el más allá, hacer mutis sobre el cielo.

Cuando se hacen listados de pecados evangélicos, no se mencionan jamás los que atentan contra los derechos primarios y personales de Dios.

Para intentar una reflexión serena y genuinamente cristiana, contemplemos de cerca a Jesús mismo; retengamos sus palabras y asumamos sus criterios. Cristo

es criterio de verdad, porque es la Verdad.

Notamos de inmediato que Cristo no sólo conoce los problemas de su tiempo sino que los vive intensamente. Cuando comienza su discurso en Nazaret, produce estupor. Lo han visto durante años junto a la fuente, frente al rebaño, cosechando, sembrando, martillando, arando.

Si analizamos su mensaje, observamos que el ropaje que lo envuelve está tomado de la vida de la tierra.

Su autoafirmación "Yo soy el Buen Pastor", descubre el conocimiento y la vivencia personal del oficio.

El mismo ha sido Pastor.

Las parábolas en que aparecen campesinos, nos muestran que Cristo conoce aspectos interesantes del mundo rural: los problemas técnicos de la siembra y de la cosecha; los problemas sociales de los dueños y de los sembradores; las alegrías y las tristezas del oficio; las condiciones injustas de los contratos; la insensibilidad de algunos propietarios y también la indolencia de no pocos obreros.

Los detalles que da sobre la vida de los pescadores, no nos muestran a un técnico o a un experto, sino a un pescador.

Conoce los bancos y las clases de peces; la dirección de los vientos; el tejido y el remiendo de las redes, el clima, las corrientes del lago, la mayor o menor peligrosidad de las tormentas.

Se ve que también ha conducido barcas: conoce el manejo del timón, la orientación de las velas, los problemas del remo, la función de la proa y de la popa.

Sus parábolas de fondo doméstico, revelan que ha amasado harina y cocido el pan; no desconoce el papel del fermento y el funcionamiento del horno. Los temas en que aborda la problemática del trabajo, son también pautas para saber que ha trabajado; conoce personalmente la dureza del trabajo, el cansancio agotador, las jornadas inhumanas que abarcan desde la salida del sol hasta el ocaso.

Por la parábola de los obreros de la viña se ve que conoce el monte de los contratos, y el modo de contratar. En ese mismo texto, es clarísima su información sobre el problema de la desocupación.

Es notable también su posición frente a ciertos problemas humanos: para Cristo, el rico Epulón merece el infierno por no haber respetado la dignidad personal del pobre Lázaro.

En su famoso sermón de las bienaventuranzas, afirma la dignidad de la persona humana, como el valor supremo de la creación: la vida es más que el alimento y el cuerpo es más que el vestido. ¿No valéis vosotros más que las aves del cielo y los lirios del campo? ¡Cuánto más vale un hombre que una oveja! No es el hombre para el sábado sino el sábado para el hombre.

Afirma con tristeza que hay muchos hombres cansados y agobiados. No titubea en violar una ley de tipo religioso para curar enfermos y en más de una ocasión, hace caso omiso de prohibiciones legales para acercarse a leprosos y curarlos.

Denuncia la falta de libertad y la opresión de muchos. Se irrita ante situaciones concretas: gentes que ocupan permanentemente los primeros lugares y gentes que deben resignarse permanentemente a ocupar los últimos.

En la parábola del hijo pródigo, es evidente su conocimiento de las condiciones humillantes de los trabajadores: deben alimentarse con la comida que los cerdos dejan.

Es también incisivo su enfoque sobre

el uso que algunos hacen del dinero: gastan en fiestas y en meretrices, lo que corresponde a salarios.

Cristo conoce el régimen de la administración de bienes y de la amortización de deudas. En la parábola del administrador infiel demuestra un conocimiento sorprendente de negocios y negociados; de la malversación de fondos y de las sicologías retorcidas.

Los problemas políticos aparecen frecuentemente en el trasfondo de sus enseñanzas: tensiones de grupos, intento de revolución, represiones violentas, odios incubados.

Cristo conoce, vive y se solidariza con los hombres y sus problemas, no como político ni como sindicalista, sino como el enviado del Padre que viene a llamar a los hombres desde la realidad de sus vidas y desde la profundidad de sus miserias.

**Jesús se compromete
personalmente**

Mis amigos de cada domingo : Seguimos reflexionando sobre Cristo, el Evangelio y los problemas que sacuden al mundo de hoy.

Las tres cuartas partes de la prensa escrita, oral y televisiva, presentan una visión dramática del panorama internacional : Israel y el mundo árabe; situación casi insostenible en el Uruguay; secuestros políticos; guerrillas a lo largo de América Latina; cuestiones sociales en Irlanda con implicancias religiosas; China y Rusia; Rusia y Estados Unidos; disturbios estudiantiles y raciales; clima general de agresividad; futuro incierto.

En nuestro país, la realidad convulsionada abarca casi todas las áreas de la vida nacional : trabajadores, empresarios, universitarios, amas de casa, políticos, Córdoba, Buenos Aires, Tucumán, Santa Fe.

En el aspecto delictivo estamos llegando a situaciones escalofriantes : los crí-

menes políticos de previa y calculada planificación alcanzan en Vandor, Alonso y el Tte. General Aramburu su máxima expresión de gansterismo miserable; Bancos, Casinos, Comisarías y Unidades militares asaltados; pueblos, como Garín y La Calera, tomados; vaciamientos de empresas; negociados; quiebras fraudulentas.

Nuestras últimas reflexiones intentan dilucidar, si el Evangelio puede decir algo sobre esas realidades o si debe prescindir, ya que su meta es el reino de los cielos. Y si debe participar en esta problemática, nos preguntamos, bajo qué aspecto debe hacerlo.

El Evangelio y la Iglesia por lo tanto, no pueden intervenir con un aporte de tipo socio político, económico, sindical o ideológico. Debe tener muy en cuenta estos aspectos; pero su aporte es de otro nivel y de otra calidad.

Para iluminar la respuesta, hagamos como el Domingo anterior, una aproximación a Cristo mismo, buscando en sus actitudes una pauta de solución.

Cristo —decíamos— conoce y vive intensamente los problemas concretos de

su época. Su Evangelio aborda e ilumina situaciones de toda índole.

Hoy veremos que su actitud no se limita a conocer, sino a comprometerse personalmente. Jesús tiene conciencia de que su redención se ordena directamente a las personas; pero sabe que las estructuras y acondicionamientos, dificultan, limitan o facilitan esa redención.

Hablando de leyes de tipo opresor, dice Cristo: "Atan cargas pesadas y las ponen sobre los hombros de los demás, mientras que ellos no las mueven ni siquiera con la punta de un dedo". Retengamos su visión de ciertos gobernantes de la época: "Ustedes saben que los gobernantes dominan a las naciones como si fueran sus dueños y los poderosos les hacen sentir su autoridad. Entre ustedes no debe suceder así". Afirma claramente el valor evangélico de la justicia, no sólo en su referencia a los derechos de Dios sino del hombre: "el que trabaja merece su salario", afirma en San Lucas. "Pobres de ustedes, fariseos, que pagan el impuesto de la menta, de la ruda y de todas las legumbres y descuidan la justicia y el amor de Dios". Hay que practicar esto, sin descuidar aquello.

Dijimos más de una vez que Cristo no cae jamás en la demagogia fácil, a la cual hay tanta proclividad en nuestros días.

Los patrones que aparecen en sus Evangelios no son necesariamente miserables y canallas, como los trabajadores de sus parábolas, no son necesariamente canonicables. El pecado anda repartido y la virtud también.

Veamos los dos patrones que aparecen en el hijo pródigo. "Entonces se puso al servicio de uno de los habitantes de la región, que le envió a su campo para cuidar los cerdos. El joven hubiera deseado calmar su hambre con las bellotas que comían los cerdos; pero nadie se las daba. Reflexionándose dijo: cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia y yo estoy aquí muriéndome de hambre". Refiriéndose a algunos profesionales dice con claridad: "Devoran los bienes de las viudas y fingen hacer largas oraciones. Esos serán juzgados con más severidad".

En la parábola del juez inicuo campea una ironía muy fina. El juez del relato no tiene interés alguno en hacer justicia con una pobre anciana. Si se decide, es

para librarse de la señora, que no lo deja ni a sol ni sombra.

Luis IX de Francia, es San Luis de Francia, no sólo por su amor a Dios, sino porque amó al prójimo, legislando, defendiendo, castigando, luchando.

San Pedro Claver llegó a los altares desde su amor a los negros y a los esclavos.

San Francisco Solano, desde su entrega a los diaguitas y a los incas.

Nosotros llegaremos al Padre desde nuestra plegaria a El y desde nuestro compromiso con los hermanos.

La clave del Evangelio: el amor

Los temas que estamos abordando durante estos Domingos son de rigurosa actualidad y de difícil explicación.

Amigos: Hemos visto que, ateniéndonos fielmente al Evangelio, sin parcelarlo o tergiversarlo, Cristo interviene en problemas concretos del hombre.

Su Buena Nueva está destinada a poblar los cielos; pero transformando antes la tierra; su orientación definitiva apunta a la eternidad; pero su destinataria inmediata es la historia.

En nuestros días esa historia desborda de problemas graves, espinosos, decisivos. Hemos reflexionado sobre algunos. Continuaremos analizando otros.

Intentaremos decir algo sobre temas que apasionan: la violencia, el cambio de estructuras, la revolución. Es indudable que los temas son delicados y pueden ser abordados desde muy diferentes ángulos. Nosotros lo haremos, como siempre, desde Cristo mismo y de manera muy sencilla.

No trataremos todos los aspectos, ni todas las cuestiones. Solamente daremos la clave para iluminar esos aspectos y descifrar algunas de las cuestiones.

Digamos claramente desde el principio, que el amor es la clave para comprender el Evangelio. El amor es el contenido del mensaje; el amor es su justificación; el amor es su objetivo.

El cristianismo sin amor no es Buena Nueva de Dios.

¿Quién es Dios? Dios es el Amor; Amor con mayúscula.

¿Qué es un cristiano? Un hombre o una mujer que aman.

En la primitiva Iglesia los cristianos fueron definidos como “los que creen en el amor y los que permanecen en el amor”. Permanecer en el amor es una expresión síntesis de todo el mensaje evangélico. Es el amor que brota de Dios y nos envuelve. Es el amor que de nosotros retorna a Dios. Es el mismo amor que se dilata hacia el prójimo.

La energía del amor surge de una única fuente: Dios y se pliega por las más variadas vertientes y en toda dirección.

El amor de Dios es el que nos alcanza y con ese amor alcanzamos a Dios.

Con el amor de Dios, amamos a los hermanos.

Retengamos las palabras de Jesús, unas horas antes de morir: "Padre justo, a estos les dí a conocer tu nombre, para que el amor con que tú me has amado, esté en ellos".

El cristiano puede amar porque antes ha sido amado y ha creído en el amor.

En Cristo reconocemos al Padre y en la muerte de Cristo percibimos la expresión máxima de su amor por nosotros. Ese amor de Dios es fecundo como la paternidad: "todo el que ama, es nacido de Dios", proclama la Escritura. "El que ama, conoce a Dios porque Dios es Amor", reafirma San Juan.

Ser amado es participar de la vida de Dios; amar a otros es querer que otros participen de esa vida.

En esto reside la originalidad del Evangelio. El amor *de* Dios es la gran revelación. El amor *a* Dios es la gran respuesta. El amor *al* prójimo es la única garantía de que verdaderamente amamos a Dios.

El Evangelio tiene exigencias de obediencia, de justicia, de paciencia, de mansedumbre, de pureza, de abnegación; pero como variantes y exigencias del amor.

Por amor, ser obediente. Por amor, ser justo y promover la justicia. Por amor, ser paciente y manso. Por amor, ser puro y limpio de corazón. Por amor, dar. Por amor, morir.

El amor es el monotema del Evangelio.

Por eso, retomemos al terminar nuestro encuentro, el tema planteado: ¿es evangélica la violencia? ¿legítima el Evangelio la renovación de estructuras? ¿puede promoverse la revolución en nombre de Cristo?

El amor es la clave para las respuestas.

Si el odio anima la violencia; si el odio es el alma de la revolución; si el odio enciende la metralla; si el odio impregna las metas y las estrategias: nada es evangélico; nada es de Cristo; todo es condenable.

Con San Pablo podemos decir: La ciencia sin amor, de nada vale; la fe sin amor, nada vale; el martirio sin amor, no tiene valor. Con Cristo, la visión cambia y los criterios se modifican: un vaso de agua por amor; la promoción por amor: todo es evangélico; todo es divino.

**“Amense
como yo los amé”**

Amigos: Decíamos que el Evangelio no es un manual de soluciones técnicas para los problemas de cada época; pero afirmábamos también que su mensaje está destinado a transformar la historia que, desde la tierra, camina hacia la eternidad.

¿Es evangélica la violencia? ¿Puede ser evangélica la revolución?

Dijimos, en una primera aproximación, que el núcleo original del Evangelio es el amor, que nace de Dios y por Cristo se expande.

El amor es la clave para legitimar y el odio es la señal, para invalidar.

Todo problema de la humanidad, que se aborda contra el amor o al margen del amor, no puede solicitar la aprobación del Evangelio.

Solamente puede invocar al Evangelio, quien tiene amor en los ojos, lleva amor en el corazón y pone amor en los procedimientos.

Pero hoy veremos, que ese amor del Evangelio no es un amor-ficción un amor-palabra, un amor-mentira, un amor-cualquiera.

Por ser derivado del amor de Dios, es amor concreto, eficaz, dinámico, penetrante, expansivo, exigente.

Cristo es el amor hecho carne. El es la encarnación del mensaje y del amor que contiene el mensaje.

Este es mi mandamiento: Que se amen unos a otros como Yo los he amado. Y Cristo amó en los hechos.

Su mirada abarca en extensión y profundidad todas las violencias contra el amor: a Herodes que vive con la mujer de su hermano, lo llama raposa; condena al juez que indefinidamente posterga la justicia que se le pide; afirma que el obrero merece su salario; que no confiará las riquezas verdaderas a quien no fue fiel en el uso de las riquezas económicas; que quien escandalice a otros merece la muerte por ahogo; que el que repudia su mujer y se casa con otra, comete adulterio y el que se casa con la repudiada, también lo comete.

En el juicio definitivo Cristo condena

a los que odian, matan, fornican y oprimen.

Las sentencias de condenación se apoyan en motivos sorprendentes: los hambrientos que no reciben para comer; los sedientos no atendidos; los presos no visitados; los enfermos descuidados; los peregrinos rechazados; los niños escandalizados; los desnudos no vestidos; los calumniados no reivindicados.

Para Jesús las violencias contra el amor concreto son muchas y diversas.

Hoy también se da una galería inacabable de violencias contra el amor: el crimen político o su apología; el secuestro; los desmanes: sin lugar a dudas, son violencias contra el amor. Pero el catálogo es más amplio y más variado; quizá no tan publicitado.

La usura en el país, cada día más intensa; el envilecimiento del quehacer económico; la fuga de capitales, el vaciamiento de empresas; el otorgamiento discriminado de créditos; las quiebras fraudulentas; el blanqueo de capitales.

Se peca contra el amor cuando se difama desde la radio, la televisión o la prensa y no hay posibilidad de rectificar o defenderse. Se violenta el amor, cuando

la justicia se retrasa, se diluye o se corrompe; cuando unos son escuchados y otros son postergados.

El pecado contra el amor se da —indudablemente— en el terrorista que mata y destruye; pero también en el profesional que mercantiliza o intelectualiza su profesión. En cuántos hospitales nuestros sólo se presta atención a los casos “interesantes”. Se internan los “casos”; se atienden con preferencia los “casos”; se operan los “casos”; se analizan los “casos”; pero no interesan los pobres enfermos comunes; las enfermedades “sin relieve”. Las “esperas” sin fin, son un pecado contra el amor.

Los puestos concedidos al margen de la justicia, también violenta el amor.

En nuestros días hay violencias de muchas clases: económicas, sanitarias, agrarias, políticas, burocráticas, personales, grupales.

Hace ya muchos años decía Pío XII: “La gran miseria del tiempo presente es que la organización social no es ni humanamente cristiana y ni realmente humana. Es técnica y económica”.

Hay que rehacer todo desde los cimientos; de salvaje, hacerla humana; de huma-

na, divina. Es una tarea gigantesca y urgente.

El odio es radicalmente incapaz de afrontarla. La indiferencia y la insensibilidad tampoco. Sólo un amor y no cualquiera: el amor cristiano.

Amigos: recorramos todos los caminos del amor. Condenemos todas las violencias del amor. Vivamos todas las exigencias del amor.

Amemos como El y con El: siempre; a todos; en todo.

**“...Pero
yo les digo...”**

Amigos: Hoy intentaremos descubrir el espíritu del Evangelio acerca de la no violencia.

Digamos brevemente que en el Evangelio, podemos señalar dos aspectos que, aunque unidos, deben distinguirse: un contenido doctrinal y un espíritu que ha de informar las exigencias existenciales de ese contenido.

Cristo nos revela que el Padre quiere hacer, de la humanidad, una familia. El es el Hijo del Padre y por una incorporación personal, nos hace hermanos suyos, hijos del Padre y miembros de su familia. Ese contenido es más denso y complejo; pero para nuestro breve encuentro basta declarar su núcleo.

El Evangelio proclama y exige además, un espíritu que ha de impregnar todas esas relaciones. El Evangelio ha de vivirse con un espíritu de simplicidad, de pobreza, de servicialidad; de fraternidad.

Las relaciones humanas evolucionaron

muy lentamente: desde el fratricidio de Caín a la cruz del Viernes Santo, podemos rastrear un proceso gradual, árduo y doloroso. Dios fue preparando a la humanidad, para la gran revelación de su Hijo.

La ley del talión —ojo por ojo, diente por diente— promulgada por Moisés es un progreso respecto de las etapas anteriores; el amor de los israelitas entre sí, aunque limitado en sus horizontes, es también un progreso; pero Cristo trasciende todas las etapas que lo preceden.

La concepción que Cristo trae de las relaciones humanas, no es una concepción más evolucionada. Es otra concepción diferente. Se trata de otra visión nueva, original, desconcertante. Tan desconcertante que hasta hoy —1970— muchos cristianos no han llegado a asimilarla todavía.

Recordemos que Jesús nace en un país ocupado y sometido por un pueblo infiel e idólatra.

Israel tiene conciencia de ser el pueblo elegido por Dios y de ser castigado por su infidelidad a Yavé y a sus mandamientos. Israel espera al Salvador anunciado por los profetas.

El Evangelio de Jesús es sorprendente: amar al prójimo; a cualquier prójimo; aún a los romanos.

En ese clima nacional de tensiones agudas, resistencias clandestinas, odio y opresión, resuena la nueva revelación: “Yo les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros, como Yo los he amado. En esto se conocerán mis discípulos: si se tiene amor unos a otros”.

¿A quién amará el cristiano? ¿al amigo? ¿al benefactor? ¿al connacional? ¿al agradecido? “Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian. Bendigan a los que los maldicen, rueguen por los que los tratan mal. A quien te pegue en una mejilla, preséntale también la otra; a quien te quita el manto no le niegues la túnica, hagan con los demás lo que quieren que los hombres hagan con Uds. Si aman a aquellos que los aman ¿qué mérito tienen? Porque hasta los pecadores aman a aquellos que los aman. Si hacen el bien a aquellos que se lo hacen a Uds. ¿qué mérito tienen? Eso lo hacen también los pecadores”.

En el sermón de las bienaventuranzas afirma: “Uds. han oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Uds. han oí-

do que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo les digo: amen a sus enemigos, rueguen por sus perseguidores, así serán hijos del Padre que está en el cielo, porque El hace salir el sol sobre malos y buenos y caer la lluvia sobre justos e injustos”.

¿Cuáles son las armas del cristiano? Santiago y Juan le piden a Jesús que haga descender fuego sobre los samaritanos hasta consumirlos y Jesús se da vuelta y los reprende severamente.

Los símbolos de los primeros cristianos sometidos a persecuciones sangrientas fueron la cruz y el Cordero inmolado: signos acabados de no violencia; aunque estaría mejor decir de violencia pacífica.

Podríamos seguir acumulando textos y textos del Evangelio. Lo cierto es que el espíritu de no violencia es esencial a la persona y al mensaje de Cristo. Ese espíritu no significa —por supuesto— canonizar la injusticia y la opresión. Ya dijimos el Domingo anterior que las violencias antievangélicas son muchas.

Las violencias pueden surgir de las personas, de los grupos, de las naciones, de las estructuras, de las ideologías, de la

derecha, de la izquierda, de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba. Nadie puede justificar estas violencias en nombre del Evangelio. Por esta razón, afirmó Pablo VI en Bogotá que la violencia es antievangélica.

**La paz:
don y esfuerzo**

Amigos: Las vertientes del Evangelio llegan a los problemas más diversos.

Cada etapa de la historia presenta situaciones nuevas.

El momento presente —que algunos llaman nueva era— constituye un verdadero desafío a la perennidad del Evangelio.

El Concilio Vaticano II, ha intentado una visión de la nueva situación. En uno de sus documentos, ha efectuado un listado de los problemas actuales más urgentes y dolorosos. De algunos, ya hemos hablado. De otros, lo haremos en lo que resta del año.

Hoy haremos una reflexión —desde el Evangelio— sobre la paz. El tema no es simple, ni fácil; sobre todo porque el uso corriente ha deteriorado, vaciado o adulterado el significado de muchos términos evangélicos.

¿Qué es amar para Cristo? ¿Qué es amar para nuestra sociedad de consumo?

¿Qué es liberación para el Evangelio?
¿Qué es liberación para un marxista?
¿Qué es justicia? ¿Qué es violencia?

La necesidad de una revolución, es admitida por el Papa, por nuestro gobierno nacional y también por los grupos políticos más distantes y hasta opuestos.

¿Qué entiende la Iglesia por revolución? ¿Qué significa para un marcussiano?

Algo parecido ocurre con el problema de la paz. Para muchos, hay paz cuando no hay guerra. Para otros, la paz es un sueño, una mentira, una claudicación; trabajar para la paz es evasión, alienación, angelismo.

Para Cristo, la paz es un don de Dios y un esfuerzo del hombre. Como don, hay que pedirlo; como esfuerzo, hay que conquistarla.

“Bienaventurados los que trabajan por la paz porque ellos serán llamados hijos de Dios”.

La paz es ante todo obra de justicia. Supone y exige la instauración de un orden justo en el que los hombres pueden realizarse como tales.

La paz es un quehacer permanente e implica cambios de estructuras, transfor-

mación de actitudes y conversión de corazones.

La paz no se encuentra, se construye.

La paz es fruto del amor; expresión de una real fraternidad aportada por Cristo.

El cristiano que trabaja por la justicia social debe cultivar siempre la paz y el amor en su corazón.

Sin Dios, la paz es mentira; sin cambios profundos, la paz es utopía; sin conversión de personas, la paz es sueño y ficción.

La paz es fruto de una visión nueva. La paz es resultante de relaciones nuevas. La paz exige hombres nuevos; familias nuevas; educación nueva.

Se construye o aborta en los corazones; se manifiesta o se niega en las relaciones; se consolida o se posterga en las estructuras. Cualquier injusticia la hierre; cualquier violación la asfixia.

La paz es problema de Jordania, Siria, Israel y la Argentina. La paz es también problema de cada hogar y de cada hombre.

Puede tener dimensión internacional y dimensión vecinal. Puede destruirse en un campo de batalla y en un contrato injusto; con una palabra y con un silencio.

La paz no exige llegar a una nivelación de uniformidad, sino a la meta de la fraternidad. No es tanto problema de iguales, cuanto problema de hermanos.

Impide la paz el que legitima la injusticia; el que no reconoce un derecho; el que no concede un perdón; el que retiene un rencor; el clasista, el insensible, el que preconiza la violencia como sistema para pedir y el que la utiliza como sistema para reprimir.

Trabaja por la paz el patrón que mira como hermano a su obrero y a su peón y el peón que quiere como hermano a su patrón. La señora que facilita la alfabetización de su sirvienta y la sirvienta que ama a su patrona. El gobernante que sirve a toda la comunidad y los ciudadanos que respetan a sus gobernantes. Los padres que educan a sus hijos y los hijos que veneran a sus padres. El que ama intensamente a los pobres, sin odiar a los que no tienen la dicha de serlo.

La paz no tiene un campo simple y reducido; hay una paz con Dios y una paz familiar, una paz social, una paz laboral, una paz económica. Una paz que exige a otros y una paz que exige a la propia persona.

La paz será esfuerzo de todos —creyentes e incrédulos— pero a los cristianos les corresponde estar en la avanzada del esfuerzo porque Cristo lo estableció como ley especialmente suya: “Bienaventurados los que trabajan por la paz porque ellos serán llamados hijos de Dios”.

El amor evangélico es creativo

Amigos: Continuaremos la reflexión en torno a los candentes problemas de la violencia, la paz, la justicia, la revolución.

Como siempre, nuestro punto de apoyo será Cristo y su Evangelio.

Hemos visto que el amor es la clave para plantear problemas y es la clave para resolverlos.

El mensaje evangélico, es una cantera inagotable de planteamientos radicales.

El hecho histórico de la Encarnación de Dios, es el gesto más revolucionario que pueda imaginarse. El Hijo de Dios se hace hombre, para que el hombre llegue a ser hijo de Dios. Este hecho —aparentemente inofensivo— tiene consecuencias y exigencias imprevisibles: todo ser humano está llamado a esa filiación en Cristo. A todos hay que decírselo; todos deben saberlo y todos deben tener la posibilidad concreta de serlo.

Con la Encarnación de Dios, concluyen para siempre las razas privilegiadas, las naciones mimadas. Las diferencias que

puedan surgir del color, de la cultura, de la tierra, de la historia, del lenguaje o del poder, deben ceder y plegarse, para que el plan de Dios se realice.

Es cierto que el esclavo puede ser radicalmente libre en Cristo, y por tanto, hermano de su dueño; pero es muy difícil compaginar la estructura socio-política de la esclavitud con la fraternidad que anuncia y realiza Cristo.

Los dueños cristianos intuían esa incompatibilidad; por eso, dentro del marco de la esclavitud, tenían gestos verdaderamente revolucionarios con sus esclavos: amor, ayuda, benevolencia, cariño. Sin embargo, la afirmación evangélica de la fraternidad, hiere de muerte y por anticipado a la esclavitud, como estructura política.

En nuestros días, el tema de la revolución es moneda corriente. No se trata hoy, de una revolución meramente política; de cambios de personas, de mando o de régimen. Se trata de una revolución más honda; afecta no solo a aspectos parciales o a retoques estructurales. Se trata de una revolución con una visión diferente de la vida, del hombre y de la historia. Hay una revolución chilena, una

revolución peruana, una boliviana, una cubana. Los argentinos hablamos de una revolución argentina.

En cada caso son diferentes los acentos, los enfoques y los procedimientos; pero en todos, se intentan cambios fundamentales en la comunidad nacional que afectan a la vida concreta de los ciudadanos.

En general se trata de un cambio en las estructuras básicas: políticas, jurídicas, económicas, culturales, sociales.

Al terminar nuestro encuentro, nos preguntamos: ¿el Evangelio tiene algo que ver con todo esto? Es evidente que sí.

Hagamos solamente una brevísima reflexión, que continuaremos en otro encuentro.

El amor que exige Cristo y viene de El, no es un amor estático, conformista y con una orientación prescindente de los acondicionamientos. No manda amar a los hombres como están, sin preocuparse por su transformación. Es un amor con un objetivo transformador. No sólo reconoce al hombre que existe, sino que intenta hacerlo un hombre nuevo, removiendo los obstáculos personales y sociales que impiden su transformación y

aportando los elementos que la faciliten y la promuevan.

El amor evangélico no puede quedarse en palabras o en una constatación compasiva. Debe ser dinámicamente creativo: modificar las situaciones; cambiar las condiciones; crear las leyes que posibiliten la transformación; derogar las leyes que la traban.

El amor de Dios tiene exigencias sociales de todo tipo: amar a los 4.000 puntanos que emigran cada año, es conocer las causas, por las que deben dejar su tierra y encarar soluciones a nivel de esas causas.

¿Qué es amar a los jubilados del país?

¿Qué significa amar a los chaqueños que llenan nuestras Villas de emergencia?

¿Puede hablarse de una nación católica, cuando coexisten dos Argentinas tan diferentes? Una promovida y otra sin promover? ¿Una culturalmente servida y otra, deficitaria? ¿Una con calorías y otra sin reservas? ¿Una industrializada y otra primitivamente agraria? ¿Una condicionada sanitariamente y otra prácticamente endémica? ¿Puede permanecer ajeno el Evangelio a esta situación?

**“Vengan,
benditos de mi Padre”**

Amigos: Seguimos hoy nuestra reflexión sobre el Evangelio y la revolución.

Decíamos que el amor cristiano, es un amor transformador del hombre. Amar es querer darle lo que no tiene; quitar lo que impida su realización y aportar lo que promueva su plenitud.

Hoy tenemos conciencia de que muchos obstáculos provienen del mismo orden social, que en aspectos fundamentales no llega siquiera a un nivel humano, según la expresión de Paulo VI.

¿Qué es una revolución para el cristiano? Un cambio profundo, rápido y audaz de este ordenamiento social. Profundo porque afecta a las estructuras básicas de la sociedad: cambiar sus regulaciones jurídicas, económicas, culturales, políticas y sociales; es decir, elaborar un orden nuevo. Se trata de un cambio rápido porque la situación urge y la desesperación amenaza.

Una revolución cristiana es decidida-

mente constructiva, porque su espíritu es el amor y su destinatario es el hombre. Una revolución así, no se improvisa. Es el esfuerzo solidario, inteligente y coherente de todos los cristianos, que comprenden su necesidad, comparten su responsabilidad y apresuran su realización. Lamentablemente para muchos, revolución es sinónimo de marxismo, violencia armada, lucha de clases, praxis subversiva.

Es evidente que esta concepción de la revolución, no es cristiana ni admisible.

Sin promover al hombre, es un valor cristiano, también deben ser cristianos los procedimientos, las metas y las estrategias.

Ya hemos afirmado repetidamente en encuentros anteriores, que para el Evangelio, el amor es la clave para legitimar la revolución, urgirla, compartirla, realizarla, acelerarla.

Es el amor cristiano el que exige profundidad, audacia, rapidez. Es el amor cristiano, el que compromete a todos los bautizados para que se sientan hermanos de los que sufren. Es el amor cristiano quien la distingue del crimen, del delito y del odio. Es el amor cristiano el que

vence los obstáculos de los intereses creados, nacionales e internacionales.

Sin amor cristiano, todo es posible: postergación o frustración; destrucción, caos, anarquía; nuevas opresiones y nuevos opresores. Sin amor cristiano, continuarán las dos Argentinas. Sin amor cristiano, se afianzará la desigual distribución de viviendas, salud, calorías, cultura, caminos, agua, luz.

Amigos: las palabras de Jesús deben iluminar siempre la reflexión sobre el tema, tan delicado que hemos tratado: "Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino de los cielos: porque tuve hambre y me disteis de comer; sed y me disteis de beber; estaba enfermo y me visitasteis; desnudo y me vestisteis. Lo que habéis hecho con uno de éstos, conmigo lo hicisteis".

En nuestros días Cristo expresaría, con algunas variantes, el mismo contenido de esas frases:

Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino de los cielos porque las leyes que promulgasteis defienden a mis pobres; porque los planes económicos que elaborasteis, están al servicio de la persona humana; porque las reformas educativas

apuntan a un hombre nuevo y a una sociedad nueva; porque mis coyas, puntaños, chaqueños y santiagueños tienen caminos, luz, vivienda, hospitales, colegios y capillas.

Venid, benditos de mi Padre, porque esa transformación fue realizada con audacia, profundidad, rapidez; pacíficamente y cristianamente.

La mini-revolución

Amigos: Concluiremos nuestras reflexiones sobre el Evangelio y la revolución.

Hemos hablado de la revolución con mayúscula; es decir, la que exige el cambio de las estructuras básicas del ordenamiento social. Pero hoy diremos algo sobre otro tipo de revolución, que podríamos llamar "mini-revolución".

Esta revolución no exige nuevas estructuras sociales, ni un tiempo determinado. Puede hacerse ya; depende de cada uno y tiene, desde ahora, el ámbito concreto para su realización.

Nuestros hogares necesitan y pueden tener una revolución cristiana; nuestros barrios también; nuestras profesiones; nuestros comercios; nuestras actividades cotidianas.

La revolución con mayúscula exige la presencia de técnicos, expertos, políticos, sociólogos, legisladores.

La mini-revolución sólo exige amar a

los otros. Un esposo que ame; una esposa que ame; unos hijos que amen.

Ese amor basta para revolucionar la familia: Quiero hacer feliz a mi esposa. Quiero hacer feliz a mi marido. Quiero hacer felices a mis hijos, a mis vecinos, a mis empleados, a mi prójimo.

La revolución quedaría sofocada si las frases dijeran: quiero que mi esposa me haga feliz; quiero que mi marido me haga feliz; quiero que los otros me hagan feliz.

Esta mini-revolución exige dar; renunciar para ofrecer; pensar en los otros; hacer algo por los otros.

Señora: enójese menos; sonría más; no deje que el televisor eduque a sus hijos; converse un poco más con ellos; que le cuenten de qué hablaron en la calle y en la escuela y oriéntelos inteligentemente y cristianamente; que conversen de todo lo que quieran y Ud. escuche con mucha atención.

Con sus hijas de 15 y 18 años, sea muy amiga; no para consentir todo, sino para iluminar todo: amable y firme, cariñosa y seria.

Hable mucho con su esposo: no tanto de Ud. como de él. Analicen los dos jun-

tos las dificultades de cada hijo y decidan juntos qué hacer. Vayan los dos con los chicos a visitar a los pobres y enfermos del barrio.

Señor, apague la transmisión del partido de fútbol vía satélite. Ese rato le corresponde a su mujer. Vuelva a ser el novio de años atrás. El amor cristiano en los esposos, es amor de enamorado, aunque peine canas o no le queden ni las canas.

Converse mucho con sus hijos. Si Ud. no lo hace, lo hará la barra, el cine, el bar o algo peor.

¿Sabe Ud. hablar del amor con lenguaje actual y sentido cristiano? Magnífico si lo sabe; lamentable si lo ignora.

Si Ud. no orienta, la orientación vendrá de Antonioni, Goddard o de Isabel Sarli.

Chicos: ¿se dieron cuenta de que en casa vive la abuela? ¿Que el mejor sedante para los nervios de papá, es una invitación para salir juntos? ¿Que mamá vale más que un baile, una película, un partido, una salida o un televisor? ¿Que la sirvienta es sensible al respeto, al cariño y al afecto?

La mini-revolución —es decir, hacer fe-

lices a los otros— debe extenderse a la profesión, al barrio, a los vecinos, a la escuela.

¿Qué ocurriría si las enfermeras y médicos de los hospitales decidiesen encabezar esta revolución del amor? ¿Si los maestros la iniciasen en sus aulas? ¿Los profesionales con sus clientes? ¿Los empleados con sus compañeros? ¿Los vecinos en su barrio?

¿Habla el Evangelio de esta mini-revolución?: Muchas veces; pero citaremos especialmente la frase de San Juan: “Hay que amar a Dios a quien no vemos, en el prójimo, a quien vemos”.

Evangelio y juventud

Amigos: Comenzaremos una nueva reflexión, que prolongaremos durante varios Domingos: El Evangelio y la Juventud.

Parecen dos términos en abierta oposición; sin posibilidad de armonía, ni de encuentro. Lo que el Evangelio afirma, la juventud parece negarlo; lo que el Evangelio da como válido, la juventud parece declararlo perimido.

Se tiene la impresión de que los valores proclamados como primarios y fundamentales por el Evangelio, no tienen consistencia para entusiasmar a nuestra muchachada; de algunos de esos valores, surge la sospecha de que serán despreciados.

“Bienaventurados los que tienen alma de pobres”. “Bienaventurados los puros de corazón”. “Bienaventurados los que sufren y lloran”. “Bienaventurados los que tienen sed y hambre de justicia”. “El que quiere ser mi discípulo, tome su cruz

cada día, niéguese a sí mismo y sígame". "Ni los fornicarios, ni los ladrones, ni los satisfechos, poseerán el reino de los cielos".

Las exigencias de Cristo no parecen estar en la línea de aceptación de la juventud actual. Las apariencias indican más bien, que la juventud se pronunciaría por un rechazo total y sin matices.

CORDOBA: el joven Osvaldo Fraire Alarcón, presunto asesino de Diana María Srur, acusa a Miguel Coronel como verdadero homicida de la muchacha. Reconoce, sin embargo, que cobró el rescate de 5.000.000 exigido al padre de la infortunada joven.

SAINT LAURENT DU PONT (Francia): en un incendio sin precedentes, mueren 144 jóvenes.

Cerca de la ciudad de Grenoble estalla un incendio en un salón de baile. Los concurrentes, jóvenes de 18 a 25 años, mueren carbonizados al no poder abrir las puertas de emergencia que estaban cerradas por fuera.

BRUSELAS: la Conferencia General del Interpool dispuso la guerra a los estupefacientes. De la Conferencia tomaron par-

te 98 países y dictaron una serie de resoluciones por las que se pide a los gobiernos una acción coordinada contra el crecimiento mundial en el consumo de drogas. Especialmente se han previsto peligros futuros en los países ricos, en la inconformidad social de la juventud y en un enajenamiento típico de la sociedad de consumo.

CORDOBA: tres individuos jóvenes irrumpieron en el bar Mónaco, ubicado en la Seccional 14, calle 8 bis, y Avda. Rafael Núñez. Tras amenazar al dueño, le obligaron a entregarle la cantidad de \$ 550 nuevos. Luego sin que nada lo hiciera preveer, cobardemente le descerrajaron dos disparos en el tórax.

WASHINGTON: el partido republicano de Nixon gastó millones de dólares en propaganda, poniendo todo el énfasis en los temas centrales de carácter nacional: *la criminalidad juvenil y la violencia estudiantil*.

Es muy difícil imaginar a esta juventud, no sólo en actitud de aceptar el Evangelio, sino simplemente de oírlo.

¿Habría podido Cristo hablar en WOODSTOCK?

¿Se da alguna posibilidad de comunicación entre Charles Mason, su grupo y Cristo?

¿Tiene el Evangelio alguna posibilidad frente a la marihuana, la heroína, el sexo o la violencia? La respuesta no es necesariamente negativa. Podría ser trabajosamente positiva.

Pero antes de responder nos formulamos otra pregunta: ¿es éste el único tipo de juventud actual? ¿Es el sector más representativo de la juventud? ¿es el sector mayoritario? ¿Puede ser interpretada la juventud argentina, a través de estas manifestaciones?

La otra cara de la juventud

Amigos: Comenzamos una reflexión sobre el tema: "El Evangelio y la Juventud actual".

Los criterios del Evangelio, sus valores y exigencias no parecen responder a las actitudes de un determinado sector juvenil. Sed de drogas, hambre de sexo, alienación de problemas acuciantes o protesta corrosiva de todo, no son puntos de contacto con sed y hambre de justicia y santidad; con la bienaventuranza del corazón puro y con el mandamiento de amar a los demás.

Sin embargo, al terminar nuestro encuentro y antes de responder, nos formulábamos otra pregunta: ¿Este tipo de juventud es el más representativo? ¿el más numeroso?

Es indudable que los medios de comunicación social —televisión, cine, radio, prensa escrita— configuran el mundo de hoy. Son un elemento positivo; pero pueden no serlo. Pueden dar una imagen

exacta y una distorsionada. Pueden informar y deformar.

La juventud que acapara hoy la atención del periodismo escrito, oral y visual, es casi exclusivamente la de Charles Mason, la de Fraire Alarcón, la que integra un comando guerrillero, la del ácido LSD y la frenética de sexo. Pero hay otra juventud que no merece la atención de Antonioni; que no dispone de canales, ondas o reportajes. No es una juventud conformista; no pacta con la injusticia; no aspira a integrar y vivir del "status"; tiene una capacidad inmensa de solidaridad fraterna; siente que su obligación ante el mundo, es aportar y no consumir; tiene conciencia de que la mujer no es su objeto, sino su complemento; que el área del amor no es la alcoba sino la vida de cada día.

MAR DEL PLATA: más de 150 líderes rurales de toda América participaron en la conferencia interamericana de líderes de juventudes rurales. El tema escogido fue: "Movilizar a la Juventud Rural para el Desarrollo".

OSAKA (Japón): La exposición mundial de Osaka ha organizado un encuen-

tro de jóvenes de 18 a 25 años, pertenecientes a 90 países, para contribuir a la unión de los pueblos a través de actividades educativas, culturales, artísticas y deportivas.

HELSINKI (Finlandia): del 27 al 31 de Agosto (1970) se ha reunido la conferencia de la juventud sobre seguridad europea. Es la tercera conferencia de la juventud, para abordar problemas del continente de una manera seria y realista.

CORDOBA: los centros educativos de adultos han organizado un encuentro de egresados y actuales alumnos con el objeto de confraternizar y estudiar la posibilidad de continuar estudios secundarios en forma acelerada.

SANTA FE: organizado por el Consejo Central de las Juventudes Agrarias Cooperativistas, entidad que agrupa a más de 80 centros juveniles, se realizó en la ciudad de Santa Fe un ciclo educativo. Asistieron casi 200 jóvenes agrarios de la provincia de Buenos Aires, Córdoba, La Pampa y Santa Fe.

NEW YORK: Se ha creado una orga-

nización llamada WE CAN"; es decir: "Nosotros podemos", integrada por jóvenes de todas las clases sociales, obreros, estudiantes de las escuelas medias y superiores. Su objetivo es dar una solución al problema de las drogas. En esta ciudad de New York han muerto 244 jóvenes el año 1969, por el uso de diversas drogas y se prevee que para este año el número se habrá duplicado.

La institución tiene solamente cuatro meses de vida y cuenta ya con 40.000 integrantes, que se han comprometido a ayudar a sus compañeros.

Estos pocos testimonios no llegan a expresar la realidad, mucho más rica de esa magnífica juventud, que no llega al panel, a la pantalla o a la revista internacional.

Es el muchacho o la chica de nuestros barrios, de nuestros pueblos, de nuestras fábricas, de nuestros campos.

Estudian, trabajan, aman, colaboran, se comprometen.

Sobre un tractor, frente a una máquina, sin medallones colgantes, con barba o sin barba, con mini o maxi.

Para el Evangelio la vida es dar y para esta muchachada, la vida es darse.

Para el Evangelio la vida es una tarea a realizar y para esta juventud también.

Para el Evangelio, Cristo está y espera en el hambriento, en el sediento, en el desnudo, en el enfermo, en el solitario, en el preso.

Y es casi seguro que esta juventud se encontrará con Cristo en el hambriento, en el sediento y en el que sufre.

Evangelio y Juventud, queridos amigos, no son siempre términos irreductibles. A veces, uno llama al otro y no pocas veces el encuentro se produce.

El Evangelio espera a la juventud y la juventud se encuentra con el Evangelio.

**Juventud
con espíritu nuevo**

Amigos: Seguimos reflexionando sobre el Evangelio y la juventud y lo hacemos, como siempre, con sinceridad.

El tema se presta para una demagogia fácil en la cual trataremos de no incurrir.

Adular a la gente joven es traicionar el mensaje e insultar a la juventud.

En ella hay valores y hay contravalores; hay plenitud y hay deterioro.

Hay una juventud joven y una juventud vieja; juventud magnífica y juventud acabada; juventud auténtica y juventud camuflada; juventud vigorosa y juventud comatosa.

Hay muchachos con juventud en el alma y hay muchachos con juventud en la remera.

Hay chicas con juventud en el corazón y hay chicas con juventud sólo en la minifalda y en el cigarrillo.

Hay juventud con reacciones de iracundia; pero con alma de megaterios.

Hay juventud que vive y juventud que dura.

Nuestro mundo actual presenta problemas tan profundos, tan urgentes y tan complejos que sólo una mente lúcida y un corazón apasionado pueden comprenderlos y afrontarlos.

Hoy la Iglesia tendrá vigencia en la historia si consigue que el amor de Dios sacuda y transforme la familia, el mundo político, empresarial, rural, profesional, laboral, las instituciones de bien común, privadas y públicas; en una palabra, si logra suscitar un clima de renovación que comprometa a todo bautizado. Aunque todo cristiano es responsable de esta empresa, hay un sector de la Iglesia que debe sentirse especialmente urgido por este amor de Dios.

Sobre este sector del pueblo de Dios, la responsabilidad se hace clamor, grito, esperanza.

Este sector es LA JUVENTUD.

La juventud bautizada, la que está en nuestros colegios religiosos y en nuestros colegios estatales; en los barrios de nuestras ciudades y de nuestros pueblos; en los talleres y en las fábricas; en las universidades y en los campos.

Es toda la juventud bautizada y no solamente la que milita en asociaciones o movimientos de Iglesia.

Un muchacho bautizado es un muchacho comprometido siempre con Cristo y con el mundo.

Una chica bautizada ha perdido para siempre la libertad de hacer lo que le parece en la vida. El bautismo la ligó y la comprometió con ligaduras definitivas a Cristo de quien es miembro, al pueblo de Dios de quien es ciudadana y al mundo, de quien es parte.

Un muchacho y una chica bautizados son miembros de Cristo, enviados al mundo.

Y los problemas del mundo actual son de tal complejidad, urgencia y amplitud que sólo la juventud puede captarlos y asumirlos. El cristiano adulto debe hacer un esfuerzo para comprender los cambios que vivimos; pero le corresponderá a la juventud asumirlos.

Los cambios son tan veloces, variados y sorprendentes que sólo una juventud despejada, entusiasmada y motivada, será la natural destinataria de esa transformación.

El mundo nuevo exige creatividad, duc-

tilidad, imaginación, sensibilidad, decisión y eso es propio de la juventud. El adulto deberá comprender, facilitar, preparar, adecuar, iluminar; pero la juventud es la que debe asumir.

Hemos hablado muchas veces del amor de Dios que se manifiesta en Cristo. Ese amor descende de Dios mismo; empieza antes de pedirse; llega aunque no se lo espere. Se relaciona con quien no lo merece; no pierde vitalidad con la ingratitude; no se retira ante el odio; no se mide por la respuesta; no se explica por quien la recibe sino por quien lo da.

La historia de la humanidad podrá algún día agotar las posibilidades de la solidaridad; de la justicia y las promociones humanas; de la técnica y de la ciencia; pero nunca agotará las posibilidades del amor de Dios.

La única realidad, la única fuerza que empezó a tener historia y que no concluirá con la historia, es el amor de Dios. Pero notemos bien que ese amor continúa encarnado, sigue personado, testimoniado.

Cada cristiano debe ser su testimonio; cada cristiano debe ser su prueba.

La Iglesia entera debe ser una comu-

nidad de amor y para el mundo de hoy será una verdad que el amor de Dios no ha terminado en la cruz, cuando lo vea en expresiones juveniles que recojan todas sus exigencias.

El amor de Cristo no es un amor alienado sino un amor inmerso en la realidad.

Unas veces exigirá retener valores y estructuras; otras, descubrir valores y renovar estructuras y muchísimas veces, crear un orden nuevo, original y difícil y para esta empresa, la juventud sería tiene un fondo precioso de posibilidades, que necesita ser valorado, estimulado, canalizado, dilatado.

En nuestra juventud hay un potencial asombroso de vitalidad. La misma delincuencia juvenil es una prueba —en negativo— de la audacia, la inteligencia, la decisión y la eficiencia que vibra en una barra juvenil.

Nuestra juventud santafesina y argentina es todavía una reserva positiva que no debemos perder.

Si Cristo se hubiese encarnado en 1970, no dudo que el Evangelio tendría un destinatario muy preferencial: el mundo juvenil.

La encrucijada actual de la historia, por su dinamismo cambiante, exige la presencia constructiva de hombres y mujeres jóvenes.

El mundo de los ancianos ha asumido la gloriosa misión de transmitirnos la riqueza del amor de Cristo; el sector de los adultos debe facilitar el tránsito de ese amor al mundo nuevo, pero la juventud debe responsabilizarse de las realizaciones de ese amor en el mundo de hoy.

El mundo de hoy creará en Cristo y en su Iglesia, si ella manifiesta ese amor, hecho signo en la cruz y luz en la resurrección.

Se necesita una juventud nueva con el blúyeen o en bermudas, con melena o sin melena, con minifalda o en miriñaque, con música frenopática o de Beethoven; poco importa lo de afuera con tal que un espíritu nuevo aliente en el interior.

¿Conflicto generacional?

Amigos: Es imposible, al reflexionar sobre el Evangelio y la Juventud, silenciar que el desacuerdo generacional, es uno de los ingredientes más agudos del problema.

El conflicto de generaciones, no es exclusivo de este momento histórico. Ha transitado por todos los caminos y etapas de la historia. Pero el conflicto de hoy, tiene características especiales. Es más agudo; está cargado de tensiones; siempre a punto de estallar. Invade casi todos los campos de la vida: del hogar, la escuela, la universidad, las profesiones, la política, el arte, la cátedra, la Iglesia.

Se ha desencadenado un virulento desacuerdo generacional. A veces se tiene la impresión de que una generación ha entrado en lucha con la otra.

El diagnóstico de la situación no es nada fácil. Resulta difícil, asignar responsabilidades o señalar culpabilidades.

Nuestra etapa histórica es hija legítima

y nieta directa de complejas situaciones anteriores. Sin embargo, debemos reconocer, que no puede culparse a la juventud, del estado de nuestro mundo, con su problemática desconcertante.

El mundo de hoy está moldeado por la generación adulta; sostenido y estructurado por ella.

Nos quejamos de muchas reacciones juveniles. Ciertamente, no siempre son justas, equitativas o ponderadas. Pero si consideramos la situación de una manera global y esquematizada, hay que admitir que la generación adulta debe asumir su cuota de responsabilidad.

Los adultos tienen en sus manos los resortes de la economía, de la cultura, del gobierno, de la prensa, del cine, de la televisión, de la radio, de las empresas. Si hacemos un listado de películas con las consabidas tesis de violencia y de erotismo, veremos que la mayor parte de los directores, escritores y sobre todo productores, pertenecen a la generación de adultos.

¿Son jóvenes, las cabezas que dirigen el mundo de las drogas? ¿Son jóvenes los cerebros que planifican su distribución mundial? ¿Son jóvenes los respon-

sables de la prostitución a escala nacional, continental o mundial? ¿Son jóvenes los miembros que integran los grandes monopolios internacionales? ¿Podemos lealmente culpar a los jóvenes de las últimas guerras en las que murieron 25 millones de personas? ¿De los campos de concentración? ¿de las invasiones a países satélites? ¿El hambre mundial se debe a la juventud? Digamos una palabra sobre el papel decisivo que juega la información en la estructuración del mundo actual.

Sin exagerar mucho, podemos afirmar que es el gran factor de poder. Tiene más dominio la información que la técnica; que la ciencia; que los planes; que los gobiernos.

El hombre de la información, forma o deforma; él adelanta y prepara las reacciones masivas. Da la evaluación interesada de los hechos y acontecimientos; lanza los estímulos y abona el terreno de las motivaciones.

El mundo no está manejado por los sociólogos, los filósofos, los científicos o los técnicos, sino por el dueño de la información.

Nos preguntamos también: ¿es la ju-

ventud la dueña de la información? Reconozcamos que no.

Los jóvenes han sido receptivos y lo son todavía. Le han plasmado este mundo y se lo han dado hecho para que lo consuman. La pantalla chica y grande nos mostrará a una juventud que aúlla y ladra; que protesta o aplaude; frenética ante los ídolos; con sexo difícil de discernir y aspiraciones que no desbordan lo inmediato; pero silenciará los grandes problemas que angustian hoy y tergiversará los verdaderos criterios y valores para juzgar y afrontar esos problemas.

Amigos: ¿recuerdan la frase de Jesús? "Ay, de los que echan a perder a uno de éstos. Más les valiera colgarse una piedra de moler al cuello y arrojarse al mar".

El joven y el hogar

Amigos: Considerábamos el Domingo anterior, la responsabilidad que corresponde a la generación de los adultos en la plasmación de este mundo actual.

Los adultos tienen en sus manos los resortes de la cultura, de los medios de comunicación social, de la economía, de las empresas, de la conducción política: es decir, del mundo tal cual es.

Hoy, orientaremos la reflexión hacia otra área social, donde el conflicto generacional es cada día más agudo y donde el diálogo y la comunicación parecen quebrarse: el HOGAR.

¿Está la familia a la altura de la situación? ¿Ilumina? ¿Orienta? ¿Prepara? ¿Capacita?

En las familias de las generaciones anteriores, se daba una cierta comunicación verticalista. El padre era autoridad. Tenía respuestas. Daba criterios. El hogar comunicaba valores. La vida juvenil quedaba marcada por las familias. En nuestros días, se ha modificado el panorama.

La comunicación familiar se ha debilitado y en muchos casos se ha interrumpido.

Los criterios de la juventud no proceden del hogar; los valores tampoco.

Las actitudes de los hijos desconciertan, exasperan, irritan.

El televisor ha silenciado a la familia. El da los nuevos criterios; él proporciona la nueva jerarquía de valores; él estructura un nuevo sentido a la vida juvenil.

Los grandes interrogantes no tienen respuestas de los padres. La respuesta procede de la misma sociedad de consumo, que atrae primero, aliena después y finalmente devora.

En muchos hogares —honestos por otra parte— las preocupaciones no exceden los límites de los mezquinos intereses individuales o de grupo; las inquietudes no rozan jamás los grandes problemas de la vida, del país o del mundo; la religiosidad no ilumina el complejo abanico de la vida juvenil; la frivolidad y superficialidad son proverbiales; la apariiencia, oculta la pobre realidad; no aporta criterios para afrontar los interrogantes del amor, del dolor, de la vocación, de la mujer, de la justicia, de la fe.

La familia debe dar una cosmovisión de la vida, del mundo, de la historia; pero no la da. Debe crear inquietudes en los hijos. Debe estimular la reflexión y motivar las decisiones fundamentales; debe vivir una religiosidad que, radicando en Dios, se abra al servicio de los demás.

Una familia que no evangeliza, es un fracaso. Una familia que no logre plasmar personas, es un fracaso. Una familia que no promueve un sentido social en los hijos, es un fracaso.

Nuestra muchacha cristiana, por ser joven y por ser bautizada, no se realizará en la mediocridad y en la vulgaridad, sino en la apertura a los horizontes apasionantes de hoy.

El hogar que mimar; que deja hacer, que es incapaz de motivar espiritualmente, es un hogar que prepara jóvenes inútiles, egoístas, frustrados, fracasados.

Conozco padres que sonríen y facilitan las "calaveradas de sus hijos". Conozco hijos que gastan en dos o tres noches, lo que un trabajador necesitaría para mantener su familia diez días.

Sé de padres, cuya única preocupación es la que su hijo o hija no lleguen a ciertos extremos. Sé de hijos que conocen

demasiado, la doble vida de su padre y la doble contabilidad de sus negocios.

Lamentablemente la familia argentina está fracasando; no cumple su misión; lanza a sus hijos a la sociedad de consumo, sin defensas y ya contaminados.

El ambiente familiar debe ser el primer lugar de encuentro de Cristo y la juventud.

Cristo debería ser el ídolo de la gente joven, como lo fue aquel joven del Evangelio, que quiso seguir a Cristo y a quien Cristo miró y amó.

Si el hogar no posibilita el encuentro y el liderazgo de Cristo, se realizará una transferencia inevitable: el ídolo será Sandro, Rafael, Piero o Favio.

Si la familia no capacita para un cristianismo juvenil, alegre, apasionante, y comprometido, la transferencia se hará a una guitarra eléctrica, a una corneta o a una ametralladora.

Cristo es el gran ídolo; el gran liberador; el hombre nuevo para una sociedad nueva.

La juventud es un regalo de Dios a la sociedad actual para que se renueve, se purifique y se transforme.

La juventud es un dinamismo que Dios

da a la sociedad actual para que no se estanque; un acelerador para que la vida social adquiriera un ritmo más alegre y veloz; un injerto para que el árbol social produzca frutos nuevos; un corazón nuevo para que sangre nueva vitalice las arterias del mundo del mañana.

Entre la juventud y Cristo no hay oposición; hay sintonía; puede haber identidad.

Todo es cuestión de encontrarse.

Vivir es amar

Amigos: La Juventud es un tema que se presenta como inagotable.

Hemos dedicado cuatro encuentros dominicales a los jóvenes y creemos conveniente dedicarle otros.

La juventud aparece comprometida con muchos aspectos del mundo de hoy: la injusticia, la política, la Universidad, el campo, la fábrica, el subdesarrollo. Sin embargo, hay una dimensión de la vida, con la cual, el compromiso de la juventud llega casi a una identificación: el *amor*.

No se concibe una vida de muchacho o chica que no amen. Vivir, para un muchacho es amar a alguien y amar desde las profundidades del propio ser para alcanzar las raíces de otro ser.

Las parejas juveniles atraviesan toda la historia: Tobías y Sara, María y José, Hamlet y Ofelia, Pablo y Virginia, Julieta y Romeo, Luis IX de Francia y Margarita de Provence.

En nuestros días los nombres cambian:

son Graciela y Jorge, Mónica y Fernando, Cacho y Susy.

¿Qué es "amor" para Graciela?, ¿para Jorge?, ¿para Cacho? ¿Para esos adolescentes que esperan la salida del 4º año del Colegio Normal de Señoritas? Seguramente que amar para ellos, no es baja-za, no es cinismo, no es vaciedad, no es fisiología, no es instinto. Es pensar y querer; es caricia y es espíritu; es cariño y es respeto; es dolor y es alegría; es afecto y es rubor; es dar y recibir; es audacia y es arrepentimiento. Pero, ¿qué es amor para el mundo del adulto que filma para los jóvenes; que escribe para los jóvenes; que produce; que edita?: una alcoba; fundamentalmente una fisiología; secundariamente un espíritu.

Nuestra sociedad de consumo ha corrompido la dimensión más rica de la vida humana y lamentablemente, buena parte de la juventud ha entrado en el juego.

Es una tragedia y una tremenda realidad. Sin embargo, se perciben síntomas de una reacción positiva; al menos en algunos sectores juveniles. Experimentan que es un engaño miserable la presentación de Brigitte Bardot como arquetipo

de la mujer de hoy; sienten asco de que el amor sea visualizado por la pornografía danesa o la filmografía comercial; no se sienten expresados por Alain Delon, Jean Paul Belmondo o Raquel Welsch.

Tienen la sensación de ser manoseados e instrumentados por quienes disponen de voz en el parlamento internacional de consumo.

La dimensión del amor, con sus implicancias afectivas, espirituales y eróticas es una de las realidades más refractarias a ser iluminadas por Cristo y el Evangelio.

Se ha volcado tanta mentira sobre el tema; tantos prejuicios, tanta ironía, que resulta muy difícil rescatar su auténtico contenido; su genuino dinamismo y sus conexiones vitales con las máximas responsabilidades matrimoniales.

Lo triste del problema es que buena parte de la juventud, muchachos y chicas, han asimilado la contaminación. Aceptan las experiencias sexuales disociadas del amor y desconectadas de los compromisos. Algunos perciben que la experiencia erótica, puede legitimarse solamente desde un amor auténtico; pero no llegan a ver que el amor exige, no sólo

autenticidad, sino profundidad, madurez y estabilidad definitiva. Están convencidos de que el encuentro de la pareja, no se sitúa radicalmente en el nivel de la carne, ya que no es sólo presencia de dos cuerpos que se unen y se explotan en el egoísmo y en la duplicidad, sino de dos personas que a través de gestos ancestrales buscan darse y comunicarse, con toda lucidez y generosidad.

Muchos tienen también la certeza de que las experiencias eróticas están conectadas con el amor-matrimonio; pero no como expresión final y consumativa sino como un camino que debe preparar y conducir.

En medio de ópticas tan diversas —aún en muchachos y chicas cristianos— puede tener valor la palabra de Cristo?

En esta selva de criterios y valoraciones, ¿puede tener sentido el Evangelio?

El Domingo que viene intentaremos afirmar que sí; porque estamos seguros de que para nuestras chicas y muchachos, Cristo es el gran experto del amor.

**Cristo,
el gran experto
en el amor**

Amigos : Continuamos nuestra reflexión pasada, sobre la juventud y el amor en la pareja.

El tema es complejo y delicado; quizá más apto para el diálogo intimista que para la disertación radial. Sin embargo, esta reflexión dominical, queda justificada por la confusión general y la falta de criterios evangélicos acerca de las relaciones eróticas en la etapa pre-matrimonial.

La gente joven comprende y acepta las exigencias cristianas en el ámbito de la justicia social —y eso está requetebién— pero no tiene la misma actitud y sensibilidad cuando se trata de las relaciones que preceden al matrimonio. La sexología moderna, contra los antiguos criterios, ha puesto tan fuerte el acento sobre la importancia de la vida sexual en el matrimonio; ha insistido tan enfáticamente en la necesidad y los beneficios de la armonía carnal, que ha parcelado la visión total del amor y ha dado a las relaciones

sexuales el valor de extrema felicidad. El recurso a la sexología y ciencias conexas, es legítimo; pero para el cristiano no es recurso definitivo, ni supremo. La fe da la visión integral del amor y pronuncia la última palabra.

Si hay que oírlo a Cristo para el enfoque del subdesarrollo, hay que aceptarlo también en la visión del amor. Y Cristo habla del amor en las palabras de Marcos, Mateo, Lucas, Juan y muy especialmente en las cartas de San Pablo.

Para el cristiano, toda experiencia erótica debe estar conectada con un amor auténtico, maduro y definitivo y este tipo de amor clava su raíz en el espíritu y no en la carne. En la carne se manifiesta y se expresa; pero no tiene allí su fuente. La carne es el lenguaje y el gesto: sin ella, la comunicación y el don quedarían como impedidos y mutilados. El cuerpo debe manifestar hacia afuera y profundizar hacia adentro el don recíproco y perfecto de dos personas humanas, que en el espacio de un instante se funden tan completamente una en otra, que ya no se poseen sino que están dadas enteramente la una a la otra. "Serán dos en una sola carne", dice el Génesis y repite Cristo. La

intimidad carnal es la expresión coherente y el instrumento privilegiado de otra intimidad interior y espiritual. Ella no tiene significación por sí misma; ella no es, ni puede ser sino el símbolo expresivo de una realidad mucho más profunda, que preexiste a ella y que ella es incapaz de crear sola. Por eso es inconcebible la intimidad carnal fuera de un amor estable, total e indisoluble, es decir, fuera del matrimonio o aún como preparación a él.

Y este amor, amigos, para los que somos cristianos, tiene también una significación más alta que no puede disociarse del anterior: la dimensión procreadora.

El amor conyugal expande el reino de Dios en la tierra, por adoradores y en el cielo por los elegidos. El amor que excluya esta dimensión, es amor con trampa y no puede realizarse bajo la mirada amable de Dios.

Este amor vive de sus exigencias y compromisos definitivos, tanto personales como sociales.

Así como la Iglesia ha recalcado el valor y la función social de la propiedad,

así afirma el valor y la función personal y social del amor conyugal.

La Iglesia emite contra las experiencias premaritales un juicio severo y sin apelación, que para el creyente tiene valor de Ley. No lo dicta por cerrazón o estrechez de espíritu, sino por su visión grandiosa del amor y del matrimonio. Para la Iglesia, el amor del matrimonio no es sólo amor de dos, sino amor de tres. Dios se asocia e incorpora a ese amor, impregnándolo de su dinamismo, de su santidad y de su fecundidad.

Amigos: el tema exigiría nuevas precisiones; pero el tiempo del encuentro no lo permite. Volveremos el Domingo que viene.

¿Se cree aún?

Amigos: Hoy concluiremos esta serie de encuentros semanales que, a lo largo de 1970, nos ha reunido cada Domingo.

Para una nueva serie de 1971, debere-
mos contar con los cuatro factores que
la facilitaron este año: del querer de Dios;
la exquisita deferencia de L.T.10; la pa-
ciencia sorprendente de Uds. y las posi-
bilidades de tiempo del que habla.

Les aseguro que ha sido una experien-
cia sorprendente para mí. Fueron muchas
las cartas, los llamados telefónicos o la
espontánea afirmación de asidua fide-
lidad a la audición. Desde el Chaco, Entre
Ríos, Tostado, Rosario, Rafaela y por su-
puesto del ámbito arquidiocesano de San-
ta Fe.

Quiero también comunicarles la emo-
ción de haber recibido cartas y pedidos
de entrevistas personales de personas
pertenecientes a otros grupos religiosos
no católicos, tanto de hermanos separa-
dos como de miembros de la comunidad
israelita.

Los últimos temas sobre la juventud, fueron el vehículo de conexión con muchachos y chicas que han agradecido la franqueza y lealtad en el tratamiento de los problemas juveniles. Hay que decir que, por cariño personal a esos muchachos y a esas chicas, no fui superficialmente demagógico y por conocimiento real de sus valores, no podía adoptar una actitud de condena sistemática.

Llegamos así a este encuentro final y se me ocurre la misma reflexión que hice al comenzar el ciclo: ¿se cree aún? ¿Existe fe todavía? ¿Tiene posibilidades el Evangelio? ¿Se puede hablar de vigencia o de extinción de la fe en nuestras comunidades litoraleñas? La respuesta no puede ser simple y rápida. La fe es una realidad muy compleja y el corazón humano también. Los dos nunca van separados sino juntos.

Con frecuencia la fe aparece perimida, concluida; no da señales de vida y si las da, son señales de agonía comatosa. Es indudable que en ciertos sectores, ésa es la apariencia. Sin embargo, recuerdo las tesis que subyacen a las novelas de Bernanos y del Graham Green de la primera época. Son personaje complicados y des-

concertantes, en los cuales no se dan signos de fe.

¿Recuerdan a Scobie del "Revés de la Trama"?; o a la protagonista del "Fin de la Aventura"? En la escena final, siempre se da un hecho o una frase que revelan que la fe estaba desde el comienzo en esas vidas difíciles. Todas las incoherencias del personaje son aparentes. La luz de la fe exige una nueva lectura de esas vidas. Las incoherencias son la búsqueda de esa misteriosa unidad que es Dios.

Lo cierto es que Dios sigue trabajando en el fondo de cada corazón.

Ese universitario radicalizado que no quiere saber nada con la Iglesia institución; pero que comparte con tres compañeros la pieza de una pensión, poniendo en común su dinero, sus libros y sus preocupaciones: ¿tiene fe?

Esa pareja de novios que se quieren sinceramente y que mantienen relaciones de intimidad, afirmando que la fe nada puede decir; pero que, al escuchar el enfoque cristiano del amor, mandan una carta diciendo: "gracias por sus palabras" ¿tienen fe?

La vida dura que hoy llevamos no facilita el acceso a la fe ni su expansión

lúcida y plena; pero Dios sigue obrando. Creo que era Paul Claudel quien afirmaba que en cada corazón humano, siempre se da una zona donde Dios puede y quiere anclar.

En un reciente viaje que hice a los Estados Unidos, conversé con hippies de una colonia en Miami. Les aseguro que la conversación me obligó a reflexionar después. Por supuesto que no son santos de altar; la droga es una realidad y la desorientación también; pero creo que en el corazón de muchos de estas chicas y muchachos, Dios podría anclar y hasta amarrar.

Amigos: al dejarlos por este año, les deseo un feliz 1971 en el Señor Jesús.

Para algunos, significará que Dios llegue; para otros que Dios se quede; para no pocos, que Dios sea reconocido y para todos, que Dios sea amado.

INDICE

A modo de aclaración	5
El Evangelio es simple	9
El Evangelio es Luz y Vida	17
Cristo conoce, vive y se solidariza	25
Jesús se compromete personalmente	33
La clave del Evangelio: el amor	41
"Amense como yo los amé"	47
"...Pero yo les digo..."	55
La paz: don y esfuerzo	63
El amor evangélico es creativo	71
"Vengan, benditos de mi Padre"	77
La mini-revolución	83
Evangelio y juventud	89
La otra cara de la juventud	95
Juventud con espíritu nuevo	103
¿Conflicto generacional?	111
El joven y el hogar	117
Vivir es amar	125
Cristo, el gran experto en el amor	131
¿Se cree aún?	137